

Guiar a Micaela para que cambie los sentimientos de culpa por los de duelo

Tuve el privilegio de acompañar a una experimentada compañera de enfermería cuando consolaba a los padres de un niño que había nacido muerto.

Roberta Mori, RN, BSN

Durante mi formación en la facultad de enfermería fui asignada a Gloria, una enfermera que ejercía como matrona y a la que en una ocasión ayudé al parto de un recién nacido muerto. La paciente, que llamaré Micaela, fue hospitalizada para la inducción del parto. Su hijo había fallecido a las 29 semanas de gestación, sin razón aparente. Mientras la acompañaba a la habitación de la paciente, Gloria me dijo: “Esta pareja tiene ya un hijo sano de 3 años, pero nunca olvidará el día en que murió su segundo hijo”. En el interior de la habitación en penumbra, Micaela hacía gestos de dolor y sujetaba y apretaba la mano de su marido.

Los hechos

Cuando la paciente se relajó, Gloria nos presentó.

—Por favor, llámeme Micaela —me dijo la señora—; éste es mi marido Jaime.

Gloria realizó una exploración a Micaela y señaló:

—Sé que lo que les voy a decir es muy duro, pero les recomiendo que una vez que nazca el niño lo cojan, lo bañen y lo vistan. Yo voy a estar por aquí para ayudarles y tomaré algunas fotos. El tiempo que pasen juntos va a ser precioso.

Dirigiéndose a Jaime, Gloria le preguntó si quería estar presente durante el parto. Jaime respondió afirmativamente. Después, Gloria preguntó si él y Micaela querían sostener al niño, y Jaime dudó, con lágrimas en sus ojos.

—No estamos seguros.

En el control de enfermería, Gloria me dijo que la planificación y la preparación ofrecen a los padres una cierta sensación de control para comenzar el proceso de duelo. “Estamos aquí para ayudarles a aceptarlo sin sentimientos de culpa o de vergüenza —me dijo—. A menudo la madre piensa que ha sido culpa suya.”

Cuando terminamos las visitas a las pacientes de Gloria que habían dado a luz, vi la luz de llamada de Micaela. La encontramos gimiendo y diciendo que quería empujar. Gloria estuvo con ella durante la contracción, y después Micaela se echó hacia atrás sobre la almohada y comenzó a llorar.

—Todo este dolor ¿para qué? No me lo puedo llevar a casa.

Al ver que el parto era inminente, Gloria avisó al médico.

Gloria consoló a Micaela:

—Hay muchas cosas que no podemos comprender. —Después de valorar su estado, le dijo que podía empujar con la contracción siguiente, que vino con ganas. Cuando el médico sacó al niño, Gloria ayudó tranquilamente a Micaela—. Ya está, lo está haciendo muy bien, un empujón más, bien, ya ha salido.

El silencio se apoderó de la habitación. Micaela mantenía los ojos fuertemente cerrados y Jaime se había dado la vuelta. Ante ellos, un niño perfecto con los ojos cerrados.

Un niño muy guapo

—Es hermoso —susurré, sin pensar ni lo que decía.

Incrédulos, Micaela y Jaime miraron a su hijo. Una sonrisa apareció en la cara de Micaela:

—Oh, es guapísimo —gritó—. Quiero cogerlo.

Gloria lavó suavemente al niño, lo envolvió en una manta y se lo pasó a su madre.

—Está caliente —dijo Micaela, pasando su dedo por la mejilla del niño. Besó su frente y acunó suavemente su cuerpo inmóvil. Manteniéndolo estrechamente junto a su cuerpo, sollozó—: ¿Qué hice mal?

Gloria se sentó, puso su mano sobre el brazo de Micaela y habló:

—Perdí a mi hijo Pedro hace 8 años, a las 34 semanas de embarazo. El embarazo había sido perfecto hasta que él dejó de moverse. Cuando di a luz a Pedro, era un niño perfecto, igual que el suyo, y me sentí hecha añicos. En casa, su habitación estaba totalmente preparada y yo estaba allí sosteniendo el cuerpo inerte de mi hijo. La enfermera que me atendió hizo fotografías del niño y las envió a casa, pero yo no quise verlas. Nunca había sentido tal dolor. Después, tras volver al trabajo, una compañera me pidió las fotos de mi hijo para verlas. Le contesté agriamente: “Está muerto, ¿te das cuenta?, ¡se ha ido!”. Esta compañera me dijo: “Gloria, tú has llevado dentro de ti a este niño durante 34 semanas. Tú no le causaste la muerte, simplemente ocurrió así”. La superación de mis sentimientos de culpa y de duelo me costó meses, pero finalmente, la fotografía de Pedro está ahora en el mejor sitio de casa.

Micaela y Jaime dirigieron a Gloria una mirada de gratitud y Jaime cogió al niño de los brazos de su mujer.

El aprendizaje a través de una profesional

Nunca olvidaré la manera en que Gloria consoló a estos padres, ni tampoco el consejo que me dio: “Recuérdalo siempre: honestidad, cariño y compasión. Sigue este consejo y siempre serás una buena enfermera”. ■

Roberta Mori es analista de tecnología de información clínica en Sutter Health, Sacramento Sierra Region, California.